

ENRIQUE FUENTES QUINTANA

LA ECONOMIA DEL ESTADO
EN LA "RIQUEZA DE LAS NACIONES"
Y EN LAS NACIONES
DE NUESTRO TIEMPO

La Economía del Estado en la "Riqueza de las Naciones" y en las Naciones de nuestro tiempo (*)

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. ENRIQUE FUENTES QUINTANA (**)

UNA OBRA DE EXITO INMEDIATO

El día 9 de marzo de 1776 se publicaba en Londres, editada por Straham y Cadell, una obra con largo título: *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones*. Su autor, según constaba en la portada de los dos volúmenes en cuarto, que contenían 1.097 páginas de apretado texto, era Adam Smith, antiguo profesor de Filosofía Moral de la Universidad de Glasgow.

La fecha, la obra y el autor se convertirían—a partir de entonces—en términos de referencia obligados:

(*) La Academia, a propuesta del numerario Sr. Fuentes Quintana, cuya contribución se inserta en este número de ANALES, quiso conmemorar el centenario de la publicación de *La riqueza de las naciones*, como homenaje al autor de esta obra, Adam Smith.

Además de la disertación de referencia, intervinieron en sendas sesiones de trabajo corporativo los Académicos Sres. D. Valentín Andrés Alvarez y D. Juan Sardá Dexeus. Así se completó el ciclo del justo homenaje a una gran figura.

(**) Se recoge a continuación mi intervención en la Junta ordinaria de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas celebrada el día 27 de abril de 1976. Se ha conservado la forma oral en la que se pronunció, sin introducir más modificaciones que los subrayados del texto, que testimonian el énfasis puesto en los puntos considerados como fundamentales dentro de la exposición del tema. Tampoco se han añadido notas ni referencias bibliográficas, que se tratarán de ofrecer con todo detalle en un trabajo más extenso que desarrollará esta intervención oral y que se publicará próximamente.

* Para datar el nacimiento de una Ciencia: la Economía Política.

* Para señalar el libro de Economía de más éxito de cuantos se han publicado hasta hoy, y

* Para individualizar a la figura más famosa entre los economistas de todos los tiempos.

La obra que señalaba estos acontecimientos pudo ser adquirida por los londinenses de aquel tiempo al precio de 1 £ y 16 sh. Un precio barato para comprar tanta historia. El mercado de *La Riqueza de las Naciones* pareció responder, como un sensible mercado de futuros, anticipando la importancia del producto que se le ofrecía. Y en seis meses se agotó la primera edición.

Este acontecimiento sorprendió a la propia empresa. El gran biógrafo de Smith, John Rae, cuenta los pormenores que rodearon a la publicación de *La Riqueza de las Naciones*. Smith había enviado una copia a su amigo David Hume. La carta jubilosa de Hume, tras la lectura de la obra de Smith, contenía, sin embargo, la siguiente afirmación que preocupó profundamente a sus editores: «Su lectura reclama mucha atención y el público de hoy está dispuesto a conceder muy poco tiempo a este quehacer. Esta circunstancia me siembra la duda de si su obra será popular». El alivio de Straham y Cadell—los editores—llegaría con los aires favorables de la demanda que agitaba la satisfacción con la que Straham se dirigía a Hume: «La venta ha sido más rápida de lo que yo esperaba de una obra que requiere pensamiento y reflexión, cualidades que, como usted dice, no abundan en los lectores actuales». Esos lectores pidieron, incluso, más ejemplares de los que constituían la primera edición, obligando a realizar una segunda en 1778, una tercera edición, con importantes modificaciones, en 1784; una cuarta, en 1786, y una quinta, en 1790. Cinco ediciones en vida de Smith que pudo dedicarse con agrado a lo que él llamaba su «propio negocio», consistente en cuidar la incorporación de las distintas modificaciones introducidas en el texto primitivo.

El éxito inmediato de *La Riqueza de las Naciones* no se limitó a Inglaterra. En el propio año de 1776, J. F. Schuller la traduciría al alemán, publicándose en ese mismo año el primer volumen, y el segundo, en 1778. F. Drabye la tradujo al danés, publicándose en 1779-80. El ex-benedictino Blavet realizó la primera traducción

francesa, publicándose en folletón en las páginas de la revista «Journal de l'Agriculture, de Commerce, des Finances et des Arts» durante los años 1779 y 80. La traducción italiana se realiza en 1780. La versión española habría de esperar hasta los comienzos de la última década del siglo XVIII. José Alonso Ortiz, jurista agregado a los Consejos Reales y Chancillería de Valladolid, inicia en esas fechas el largo recorrido que separaría a la traducción española de *La Riqueza de las Naciones* de la imprenta y de su difusión pública. Contar despacio esta historia equivaldría a contar otra historia distinta de la obra de Smith, a saber: las tristes peripecias de nuestra propia historia, y no es éste el momento ni el lugar. Digamos, por tanto, tan sólo que, gracias a la habilidad de Alonso Ortiz frente a los censores, el favor de Godoy, ganado con la halagadora dedicatoria del traductor, y merced—todo hay que decirlo—al pago del elevado coste de algunas mutilaciones en el texto, pudo obtenerse la autorización para imprimir en los talleres de la Viuda e Hijos de Santander *La Riqueza de las Naciones*, publicada en Valladolid, en cuatro volúmenes, en el año de gracia de 1794.

A la muerte de Smith, ocurrida el 17 de julio de 1790, catorce años después de aparecer *La Riqueza de las Naciones*, la fama de su figura y el valor de su obra estaban ya reconocidos y difundidos en el mundo de su tiempo.

Ese éxito de *La Riqueza de las Naciones* no era un producto de la improvisación. *La Riqueza de las Naciones* no se escribe en 1776 por azar. Surge de unos sólidos y existentes cimientos que Smith aprovechó para construir su obra. Sin embargo, el hecho de que *La Riqueza de las Naciones* no fuese una obra improvisada no quiere decir que su elaboración resultase sencilla o inevitable. Muy al contrario: el contenido de *La Riqueza de las Naciones* había de forjarlo un conjunto de circunstancias de coincidencia tan singular que convertían en excepcional la oportunidad de que Smith la escribiera.

Puede afirmarse que «*La Riqueza de las Naciones*» es un producto de su época, manufacturado a partir del programa de una Escuela, la Escuela escocesa de Filosofía Moral, y elaborado merced a las circunstancias singularísimas que se dieron en su autor.

La Riqueza de las Naciones es, en primer término, producto de su época. No hubiese podido escribirse antes. Surge de un am-

biente de ideas económicas en el que vivían los hombres de la generación de Smith. Pero que ninguno antes que él había articulado convenientemente. Adam Smith capta estas ideas y las ordena, ofreciendo un balance articulado al que referirse y del que que partir para analizar los problemas económicos de una sociedad. La autoridad de Schumpeter ha llegado a afirmar que la obra de Smith no fue una obra de creación, sino que consistió en fundir en el tronco de *La Riqueza de las Naciones* los conocimientos aportados por las dos ramas, especulativa y práctica, desde las que se había contemplado y analizado la actividad económica hasta su tiempo. Por eso tiene sentido hablar de la Economía antes y después de Smith, porque *La Riqueza de las Naciones* define en Economía la primera *situación clásica*, mostrando las proposiciones aceptadas con generalidad y que integraron, en 1776, la Economía Política.

Pero *La Riqueza de las Naciones* no es sólo el producto de una época. Es también *fruto de una Escuela: la Escuela escocesa de Filosofía Moral*. De esa Escuela tomaría Smith su programa de investigación social, disfrutando de las economías externas del trabajo del grupo de filósofos eminentes que la constituirían: David Hume, Francis Hutcheson, Adam Ferguson, John Millar. Debe afirmarse que esta influencia de la Escuela escocesa de Filosofía Moral sobre Smith ha sido señalada con frecuencia, pero poco concretada hasta los trabajos recientes de Andrew Skinner y A. L. Macfie. Esos trabajos demuestran que A. Smith vivió dentro de una tradición filosófica y científica que tenía un *programa* para investigar los fenómenos sociales, económicos y políticos. Los elementos fundamentales de ese programa eran cuatro:

1.º El *reduccionismo psicologista*. El comportamiento social y el funcionamiento de las instituciones humanas lo configuran las actuaciones *individuales* que se derivan de los instintos o propensiones de la psicología invariable de los sujetos. Esas acciones individuales producen consecuencias no previstas *por*, ni intencionales *de* los sujetos que es preciso conocer. Esta regla de la Escuela se acepta y se sigue plenamente por Smith.

2.º La *concepción ius-naturalista de la Escuela escocesa* es un rasgo importante de su programa investigador. Sin embargo, Smith no participa tanto como los restantes autores escoceses de

ese enfoque. Las recomendaciones políticas de Smith se realizan sobre una base utilitaria (Bienestar social = suma de utilidades individuales) más que apoyándose en una creencia plena de la existencia de un orden natural.

3.º El *uso de los datos históricos* es parte fundamental del programa de investigación de la Escuela escocesa. De esa utilización participa Smith, quien concibe los hechos históricos como resultantes de dos fuerzas: las constantes psicológicas y las circunstancias fácticas en que se encuentran los individuos. El análisis de esas *dos fuerzas* resulta indispensable para analizar la historia y el origen y evolución de las instituciones.

4.º La metodología utilizada por Smith y la Escuela escocesa es rigurosa y no convencional. La Escuela escocesa y Smith eran partidarios del *método empírico de la observación y la experimentación* como puntos de apoyo para orientar sus investigaciones. Y esos puntos de apoyo cimentaron las conclusiones de sus obras.

Fue utilizando esos elementos comunes del programa de la Escuela de Filosofía escocesa (con las inevitables matizaciones personales realizadas por Smith) como se elaboró *La Riqueza de las Naciones*. Por esta causa, ha podido afirmarse, con acierto, por Gabriel Franco que si la obra de Smith es un producto indiscutible de su época, no es menos cierto que tiene las raíces clavadas muy hondo en Escocia.

El tercer elemento que hizo posible la elaboración y el éxito de la obra de Smith se halla en las *condiciones singularísimas que se dieron en su autor*. Porque articular todas las ideas económicas dispersas en la doble tradición especulativa y práctica que antecedía a Smith precisaba un conocimiento profundo de las mismas, demandaba también tiempo para articularlas en un sistema coherente y exigía, finalmente, plasmar esa construcción en un estilo y forma que las hiciera asequibles y aceptables a la sociedad. Adam Smith reunió esos tres difíciles requisitos.

Dada la formación y el conocimiento de Smith de la literatura económica existente, la condición decisiva para realizar su obra era la de poder comprar el tiempo necesario con el que pensarla y escribirla. Un golpe de suerte permitió que Smith lograra este propósito. En su larga estancia en Glasgow como profesor de

Filosofía Moral, Smith conoce y gana la confianza de Charles Towshend, futuro y célebre Canciller del Tesoro, pues entre sus medidas habían de figurar los derechos sobre el té que se importaba en América, suministrando así el conocido motivo para precipitar la independencia norteamericana. Towshend, que compensaba su miopía política con sus conocimientos filosóficos, admiraba a Smith, a quien encomendó, en octubre de 1763, la tutoría de su hijastro, el Duque de Buccleugh, en un largo viaje de estudios por el Continente, viaje que formaba parte de la tradición formativa de las Universidades escocesas. A partir de enero de 1764, Smith viaja por Europa, residiendo en París un año (dos meses iniciales y diez posteriores), dieciocho meses en Toulouse y dos meses en Ginebra. Este viaje amplía de forma definitiva los conocimientos económicos de Smith, pues acontece en la etapa del florecimiento de la «Nouvelle Ecole des Economistes», con cuyos componentes mantuvo Smith relaciones directas e intensas.

A su regreso a Inglaterra, a primeros de noviembre de 1766, Smith se instala en Londres, trabajando seis meses con Charles Towshend. En Londres permanece hasta la boda de su pupilo, el duque de Buccleugh, con lady Betsy, en mayo de 1767. Es entonces cuando Smith decide capitalizar para la economía el generoso retiro que su pupilo le había fijado al señalarle una pensión anual de 300 £. Con ellas, Smith gana su retiro en el hogar familiar de Kirkcaldy, en el que vive con su madre y desarrolla los borradores ya disponibles de *La Riqueza de las Naciones*. La obra madura lentamente: tarda diez años en escribirse. En ese trabajo perseverante, Smith muestra la talla de su excepcional personalidad. Galbraith atribuye el éxito de *La Riqueza de las Naciones* a la *forma* en que Smith realizó esa empresa. Smith —afirma Galbraith— explica implicando a sus lectores en los problemas planteados. Les enfrenta con las cuestiones que diariamente les importan y les indica cómo puede mejorarse el destino de una sociedad que aspire al desarrollo de su economía. El autor jamás se yergue ante el más obtuso de sus lectores: sus gráficos ejemplos animan a todos a seguir adelante. Se expone el razonamiento sin imponer con inútil erudición. La crítica, la dura crítica contenida en *La Riqueza de las Naciones*, no se realiza en lenguaje caústico, sino que se alivia por «serenas notas de humorismo y ocasionalmente por un sátira benévola». Finalmente, pero a la manera sajona diría, en manera alguna en último lugar, Smith

persuade al lector, transmitiéndole consignas para la acción, reclamando su voluntad para ponerla al servicio de las palabras del texto.

Es ese mensaje hacia la acción que *La Riqueza de las Naciones* contiene el que pronto informaría—cambiándola—la realidad económica y social de su tiempo. Se ha dicho, con fortuna y acierto, que la obra de Smith ganó de igual forma a Parlamentos y a Universidades. El éxito de *La Riqueza de las Naciones* no consistió sólo en multiplicar sus ediciones y ensanchar el círculo de sus lectores. Consistió, sobre todo, en explicar cómo funcionaba el mundo de la economía y en indicar los caminos a través de los cuales podría mejorarse el mundo económico. Al servicio de ese cambio, que incorporaba una serie de reformas fundamentales, había que poner la Economía del Estado.

Tratemos de precisar cómo Smith concebía ese papel de la economía estatal.

LA ECONOMIA DEL ESTADO EN LA RIQUEZA DE LAS NACIONES

Puede parecer sorprendente que un economista entre en la glosa del pensamiento de Smith abriendo la puerta de la Economía del Estado. ¿Acaso no es esa, justamente, la puerta que hay que tapiar en una nación que decida enriquecerse siguiendo las prescripciones smithianas? ¿Es que los mandatos de un gobernante ilustrado que acuda a *La Riqueza de las Naciones* buscando inspiración para sus programas políticos no se encierran en dos: el imperativo *laissez faire* y el desterrar, en consecuencia, de la vida económica la acción del Estado?

La economía libre sin Estado, que con frecuencia se predica como propia de Smith y que presuponen las preguntas anteriores, constituye un tópico falso que desmiente el propio texto de *La Riqueza de las Naciones*. Si a él nos atenemos, se comprueba que dos de sus cinco libros—el IV y el V—se refieren a la lógica de la intervención estatal en una economía, y esos libros ocupan casi un 30 por 100 del total de las páginas de la obra de Smith.

Hay, por tanto, una Economía del Estado en Smith que resulta preciso reconocer, identificando su papel y su conducta conveniente para desarrollar la riqueza nacional.

Ni ese papel ni esa conducta de la Economía del Estado pueden entenderse sin encajarlos en el escenario al que Smith refiere el contenido de su obra. Este debe ser el punto de partida obligado para exponer su pensamiento. Smith no escribe en abstracto. Refiere sus proposiciones, su diagnóstico y sus remedios a una situación histórica *dada*. Con frecuencia y error, ese escenario de referencia se elimina, privando así de sentido a sus reflexiones.

Fiel al programa de investigación de la Escuela Escocesa de Filosofía Moral, Smith consideraba que la sociedad industrial y comercial de la Inglaterra de su tiempo no se había improvisado. Era fruto de un proceso histórico que, arrancando de una sociedad primitiva, había ido evolucionando a través del tiempo. Para Smith, la sociedad no es estática. Es un organismo cuya vida tiene una historia. La causa agente de la evolución de la sociedad era, para Smith, el carácter activo del hombre para realizar su permanente deseo de mejorar sus condiciones de vida. El hombre está sujeto a ciertas necesidades que despiertan y movilizan su acción con el resultado de desarrollar las fuerzas productivas, escapando así del estado primitivo y mejorando gradualmente el nivel de vida. Smith diferenciaba en este recorrido cuatro estadios de desarrollo económico. Cuatro estadios cualitativamente distintos, ya que estaban caracterizados por tipos diferentes de ganar la subsistencia, por distintas formas, en fin, de ordenar y regular la propiedad. Esos cuatro estadios son la caza, el pastoreo, la agricultura y la industria y el comercio. Esos cuatro tipos de organización económica sirven para explicar, en opinión de Smith, cuatro tipos distintos de organización social. Smith escribe, diagnostica y prescribe desde una sociedad que *inicia* su cuarta fase de industrialización y comercio.

Es a esta etapa de industrialización y comercio a la que se refieren sus reflexiones, que tratan de responder a una pregunta elemental realizada dentro de ese contexto histórico: ¿qué fuerzas determinan el crecimiento de la riqueza?

La respuesta de Smith es sencilla y doble: el crecimiento de la riqueza depende de dos variables fundamentales:

* De «la habilidad, destreza y discernimiento con la que se aplica el trabajo», y

* De «la proporción del mismo dedicado a las tareas productivas de la sociedad».

El análisis de las causas que determinan a estas dos grandes variables condicionantes del desarrollo de la economía nacional constituye el contenido de la obra de Smith.

El arte de emplear con provecho máximo el trabajo disponible lo revela muy pronto Smith, porque es en las primeras páginas de *La Riqueza de las Naciones* cuando se nos prueba que la productividad de la mano de obra está condicionada por la división del trabajo. Smith hace entrar a sus lectores en una manufactura sencilla: en la fábrica de alfileres existente en su Kirckaldy natal, y muestra las ventajas que se siguen de dividir un asunto tan sencillo como la fabricación de un alfiler en distintas y elementales operaciones: el ahorro de tiempo de pasar de una a otra operación, la permanente utilización del capital (herramientas), el aprovechamiento de las cualidades de los operarios, la plena incorporación de la mano de obra disponible, incluso la menos dotada, la introducción de la maquinaria. Ahora bien, el motor que mueve la división del trabajo no es otro que la propensión humana «a cambiar, a negociar, comprar y vender una cosa por otra». Por lo tanto, es claro que sin mercado e intercambio no puede haber división del trabajo, y sin división del trabajo se cerrará la primera fuente que determina el caudal de riqueza de un país.

Tenemos así enunciado el primer teorema de Smith: *la división del trabajo está limitada por la extensión del mercado*, una afirmación en apariencia elemental, pero que, como ha indicado Arthur Young, constituye una de las más luminosas y fecundas generalizaciones que pueden encontrarse en la literatura económica. Hoy, por supuesto, entendemos por división del trabajo algo de mucho más amplio alcance que esa partición de ocupaciones y división de oficios especializados que Adam Smith mostraba en su ejemplo. A este proceso se asocia el crecimiento de los métodos indirectos de producción y la división del trabajo entre industrias que reforzarían el desarrollo de la productividad y de la producción. El teorema de Smith ha ampliado su campo, pero no ha variado su sentido: la causa última y el condicionante básico del desarrollo es el mercado.

Smith, por otra parte, nos dice que ese mercado en creciente expansión no puede ser cualquiera. Debe ser el mercado de libre competencia, porque es el que introduce en la vida económica, además del mercado que la división del trabajo necesita, un mecanismo autorregulador, una institución que disciplina y dirige la asigna-

ción más eficaz de los recursos, evitando la existencia de escaseces y abundancias excesivas de los distintos bienes y servicios. Es decir, el mercado de libre competencia, al mismo tiempo que permite el desarrollo económico, mantiene la coherencia y estabilidad internas en la utilización de los recursos de una sociedad.

Este es el segundo teorema de Smith, que los economistas conocen como las ventajas de la *mano invisible* del mercado, en virtud del cual cada sujeto, buscando su propio interés, se ve forzado a servir al interés general, porque el precio de competencia dirige los recursos hacia sus mejores utilizaciones, evitando la existencia duradera de beneficios extraordinarios.

Robert Heilbroner ha afirmado, con razón, que resulta difícil para nosotros hoy día apreciar la originalidad de esta concepción, el valor de ese principio smithiano. Las virtudes autorreguladoras de la competencia son hoy familiares para todos. Sabemos que el mercado de competencia es su propio guardián, que presiona y disciplina a los distintos sujetos. Pero esta evidencia contemporánea era ignorada en los tiempos de Smith. Los dos escritores más influyentes en Economía de su época—François Quesnay y sir James Stewart—no tuvieron ninguna visión de las posibilidades autocorrectoras de una sociedad competitiva.

En el ingenioso esquema de Quesnay para la reproducción social—el célebre «Tableau Economique»—, todo dependía de la adecuada división del gasto entre el trabajo productivo de la agricultura, creador de un excedente, y el trabajo «improductivo» urbano. Una división del gasto que favoreciera a la ciudad sobre el campo agotaría pronto a la nación de su fondo sustancial de riqueza agrícola, pero no existía ninguna tendencia autocorrectora a los ojos de Quesnay que enmendara tal estado de cosas. Stewart se halla aún más preocupado por la inestabilidad potencial de la sociedad económica, y una de las funciones primarias de su «hombre de Estado» es detectar y remediar los desequilibrios de oferta y demanda.

El principal logro de Smith con respecto al problema del *autoequilibrio* es su idea de la movilidad de los factores y de los productos que responden a las señales del mercado al entrar *en* o dejar *un* campo productivo por otro. Ese continuo movimiento de factores y productos hacia sus puntos de máximo rendimiento o rentabilidad no solamente iguala ofertas y demandas de los distintos bienes, se convierte también en un medio que asegura el

flujo natural de cada una de las tres clases de rentas: salarios, rentas de la tierra y beneficios de los capitalistas.

Dos son, pues, los logros que deben seguirse del orden del mercado de competencia en Smith: el desarrollo y enriquecimiento de la sociedad y la asignación más conveniente de los recursos escasos de los que la sociedad dispone. Se comprende que la deseabilidad de estos dos frutos del orden competitivo conviertan a su instauración y defensa en el primer objetivo para alcanzar la riqueza de un país.

Ahora bien, para que la división del trabajo pueda tener lugar, para que sea posible cosechar las ganancias de la implantación del orden competitivo debe concurrir otra causa: la acumulación de capital. Esa es precisamente la segunda gran variable del modelo de Smith, ya que, como antes dijimos, es la proporción de trabajo dedicado a tareas productivas la que determina, juntamente con la habilidad con la que el trabajo se emplea, el desarrollo nacional. Las interpretaciones recientes realizadas sobre el significado del *trabajo productivo* en la obra de Smith coinciden en afirmar que se identifica con el trabajo dedicado a la producción de bienes de inversión. Limitar el consumo improductivo equivale a ahorrar, lo que constituye la base para un crecimiento del consumo y del trabajo productivos, es decir, del aumento de las inversiones del país.

Si el orden de competencia se asienta y el consumo improductivo se limita, la sociedad entera quedará sometida a las consecuencias de la *ley de la acumulación del capital*. En efecto, cuando el mercado existe, la división del trabajo es posible, el aumento de la división del trabajo eleva la producción y la renta nacionales. Esa mayor producción y renta favorece el ahorro (el consumo productivo), lo que, a su vez, permite crear el capital preciso para emplear más trabajo y elevar su productividad. De ahí se sigue una mayor producción y renta nacionales. El mecanismo del progreso económico continúa mientras no se elimine la energía que le sostiene: la competencia y el consumo productivo de la sociedad.

En esta perfecta, simple y acumulativa secuencia existe, sin embargo, una dificultad. La creciente demanda de trabajo, a consecuencia del progreso, elevará los salarios, disminuyendo con ello los beneficios, lo que podría frenar las inversiones. Smith no cree que este peligro sea duradero, puesto que el aumento de salarios elevará, a su vez, la fuerza de trabajo disponible en cuantía sufi-

ciente, y el proceso de acumulación de capital y desarrollo podrán proseguir en una cadena continua y sin fin.

De este cuadro elemental se deduce que salvaguardar el orden de competencia y favorecer el consumo productivo de la sociedad (esto es, invertir) constituyen los dos consejos de *La Riqueza de las Naciones* para afianzar el desarrollo económico. Parece, después de este recorrido por la obra de Smith, que estamos donde estábamos antes de iniciarlo. Mercado, competencia y acumulación de capital parece ser todo lo que se necesita para alcanzar la riqueza. No parece haber lugar ni papel para la Economía del Estado.

Constituiría, sin embargo, un grave error conformarse con esas apariencias, porque, reiterémoslo, la Economía del Estado tiene en Smith un decisivo papel. Un papel que le exige atender a tres líneas de acción fundamentales: asentar el orden de competencia, prestarle los bienes públicos que el orden de competencia precisa y compensar los defectos que en la vida social puede ocasionar el funcionamiento y la extensión del orden competitivo. Refirámonos brevemente a estos decisivos papeles de la Economía del Estado.

El punto de partida del desarrollo económico de Smith consiste en ganar el orden de competencia. Y ese sistema competitivo de la libertad natural que permite la división del trabajo, la asignación correcta de los recursos escasos de la sociedad y la acumulación del capital debe tener su origen en una serie de decisiones de la Economía del Estado que implanten las condiciones que garanticen la libertad y la competencia. Forjar la competencia es la primera y fundamental de las ocupaciones de la Economía del Estado en Smith. El motor del desarrollo es así una variable *política*, pues es el Estado quien debe poner en marcha las reformas precisas para liberar a la economía. Esas reformas previas para lograr el desarrollo smithiano constituyen el origen de una extensa agenda de deberes del Estado:

* Es preciso eliminar las instituciones y los hábitos de las formas sociales del pasado (supresión de las leyes gremiales para el acceso a la profesión, los privilegios de los graduados, la falta de movilidad de los trabajadores—impuestas por la ley de pobres—, el pago de salarios en especie, la interferencia en los arrendamientos libres, las limitaciones en la libre disposición de los bienes).

* Es imprescindible eliminar radicalmente las posiciones de privilegio y monopolio, hijas, las más de las veces, de disposiciones

regales. La injusticia y la ineficacia del monopolio deben motivar una intervención decidida y, sobre todo, perseverante, de la Economía estatal.

* Es necesario definir una política de libertad de comercio exterior que elimine el montaje mercantilista de prohibiciones, aranceles y subvenciones, que empobrece al país que las establece.

Esas tres grandes líneas de reforma, previas para el funcionamiento del sistema de libertad natural, lo son en el sentido de que este sistema no funcionará si esas reformas no se realizan, pero no en el sentido de que sean decisiones fundacionales tomadas en un momento dado de una vez y para siempre. El mercado libre hay que ganarlo cada día, eliminando las intervenciones que le son extrañas, y esa batalla nunca termina.

A esas reformas que integran la primera partida de la agenda del Estado, Smith añade las funciones que el Estado debe desempeñar *dentro del sistema de libertad natural*. Ese sistema no funcionará si no se le ofrecen ciertos bienes y servicios públicos indispensables. Smith pensaba que esos bienes públicos formaban parte del consumo *improductivo* de la sociedad. Esto no quiere decir que no fuesen consumos útiles. Significa simplemente que no constituían inversiones. Por tanto, esos bienes públicos deben ofrecerse, pero su producción debe vigilarse para que no desborden los límites en que son útiles. Smith ofrece para esa limitación una disciplina ya apuntada por Petty: relacionar esos bienes en una *lista*, que constituirá todo y sólo lo que la Economía del Estado debe hacer dentro del orden de competencia. La lista comprende los tres conocidos deberes del Soberano (defensa, justicia y orden público, y prestar servicios de utilidad general que la empresa privada no puede ofrecer). Lista que debe financiarse con precios, tasas y, mayoritariamente, por impuestos, cumpliendo dos requisitos: evitar que esa financiación—en especial la impositiva—interfiera y desanime la inversión empresarial, y obtener los recursos anuales necesarios para cubrir los gastos públicos, no acudiendo al crédito (deuda pública) más que para atender a aquellas inversiones que se autofinancien.

Tenemos así enunciados los cuatro mandamientos que deben gobernar una gestión financiera acertada. Limitar el gasto, elegir impuestos neutrales, equilibrar el presupuesto y respaldar la deuda pública con inversiones rentables.

Estas cuatro normas, en las que se encerraba la filosofía finan-

ciera de Smith, no sólo eran breves y sencillas. Resultaban también simpáticas a la vigente moral burguesa. Si a su contenido se atiende, se comprueba que no hacen otra cosa que convertir en ética estatal lo que eran principios de moral privada. Esa consideración antropomórfica del Estado constituyó un vehículo extraordinario para facilitar su difusión social. Economía privada y pública poseen las mismas normas, y su buena gestión debe obedecer a las mismas virtudes. Economía y sobriedad en los asuntos privados. Economía y frugalidad en la Administración Pública. El ahorro es una virtud universal para el Estado, individuos y empresas. Como afirmaría el hacendista alemán Von Jakob sentenciosamente: «No existen dos clases de principios de administración económica (válidos unos para el Estado, ciertos otros para la economía privada), como no hay dos clases de honradez.»

Tenemos diseñado así el mundo de la Economía del Estado en Smith y apuntada alguna de las razones que facilitaron la difusión de los principios por los que debía regirse su gobierno.

Sin embargo, el Estado tiene algo más que hacer que forjar las condiciones para la libre competencia y producir y financiar los bienes públicos indispensable al sistema de libertad natural. La obra de Smith intuyó genialmente las *debilidades* más agudas del orden de competencia en ese cuarto estadio histórico de la industria y el comercio, que entonces se iniciaba. La contabilización de los costes del desarrollo que el sistema de libertad natural ocasiona y la forma en la que Smith propone cómo la Economía del Estado puede amortizar estos costes, constituye una parte poco divulgada, aunque fundamental, de *La Riqueza de las Naciones*.

Los costes del desarrollo en un sistema de libertad natural discurren en dos direcciones distintas: la alienación del trabajo y las deseconomías propias de la aglomeración y degradación del medio urbano, ocasionadas por la industrialización.

El conjunto de ventajas de la sociedad industrial y comercial no debe ocultarnos sus inconvenientes. La gran fuerza del progreso social—la división del trabajo—puede ser también causa del empobrecimiento espiritual de los trabajadores. Quien sólo fabrica cabezas de alfiler, día tras día, semana tras semana, año tras año, corre el riesgo de que su propia cabeza se transforme en una cabeza de alfiler. Mientras la estructura de la división del trabajo se hace más y más compleja, el papel del trabajador individual se hace más y más simple. En el caso extremo, y utilizando un

lenguaje actual, puede decirse que el trabajador individual se convierte en el servomecanismo no lineal más económico. Pero esta economicidad se consigue al precio de un coste social formidable, que Smith concretaba en la pérdida de las virtudes intelectuales y sociales del trabajador, padeciendo éste «una especie de mutilación, deformidad o subnormalidad mental» que no resulta admisible registrar pasivamente.

Por otra parte, la aglomeración urbana de la industria y la degradación de ese medio urbano contribuían, según Smith, a sumir al trabajador en la oscuridad y en las sombras. Su conducta no recibe la atención ni la observación de nadie, siendo muy probable, por no cuidarse de sí mismo se abandone a toda clase de vicios.

¿Qué remedios ofrece Smith para prevenir y ahorrar estos costes del desarrollo? No hay más que uno: forjar la personalidad del trabajador por la prestación de servicios educativos sólidos por parte del Estado. Ese gasto público debe ser generoso y creciente, y es el propio proceso de desarrollo quien debe soportarlo y financiarlo.

LA ECONOMÍA DEL ESTADO, DOSCIENTOS AÑOS DESPUES

Cabe poca duda de que la Economía del Estado de nuestro tiempo, doscientos años después de *La Riqueza de las Naciones*, difiere profundamente de la vigente en los tiempos de Smith. Ante todo, por puras razones de cantidad. El capitalismo actual se apellida con frecuencia como capitalismo *mixto*, para destacar el peso y la importancia de la Economía del Sector Público dentro de la actividad económica total. Un peso y una importancia que, en la mayoría de los países desarrollados de Occidente, se aproxima al 50 por 100 del PNB.

Los doscientos años que nos separan de Smith han poblado de nuevos deberes la agenda del Estado; deberes que no pueden explicarse tan sólo por la lógica económica de *La Riqueza de las Naciones*. La lucha contra la desigualdad económica ha dado contenido a numerosos programas públicos que se justifican ya en la obra de los propios economistas clásicos—Stuart Mill y Bentham—se consolidan en los hacendistas alemanes del XIX y se definden hoy como campo propio de la Economía Estatal por los eco-

nomistas de todas las ideologías. Un segundo núcleo de obligaciones de la Economía del Estado arranca de la eliminación o la mitigación al menos de esas dos plagas periódicas—cuando no permanentes—de las sociedades industriales: el paro y la inflación. La Hacienda de la estabilización económica que se sigue de la obra de Keynes recoge este nuevo y creciente deber del Estado que hoy reclama y justifica numerosos programas de la Economía Pública en los distintos grupos políticos.

Estos nuevos deberes no estaban en la agenda del Estado de Smith. Diríamos, incluso, que la propia obra de Smith explica el porqué. La sociedad que contempla *La Riqueza de las Naciones* no es estática. Es un organismo vivo que tiene una historia y que evoluciona y cambia en la medida en que lo hace su estructura productiva. La sociedad industrial y comercial que Smith contemplaba no es ya la nuestra, y los problemas que esa sociedad enfrenta hoy son, en gran medida, nuevos.

Sin embargo, muchas de las viejas preocupaciones smithianas no han desaparecido en nuestro tiempo. Hoy, como ayer, las sociedades aspiraban y aspiran a desarrollar sus economías para escapar de la pobreza, el hambre y el subdesarrollo. Hoy, como ayer, la asignación correcta de los recursos entre sus distintas utilidades sigue siendo un problema económico prioritario al que el mercado continúa ofreciendo la solución más satisfactoria y gratuita. Forjar ese mercado con una competencia *viable* constituye una tarea de la Economía del Estado de ayer y de hoy. Los defectos del orden de competencia, que eran ayer genial intuición de Smith, son costes perceptibles y elevados para el ciudadano corriente de hoy, que reclama diariamente la ayuda del Estado para mejorar el cuadro de vida, remediando las deseconomías externas que le afectan.

Por eso, volver a leer a Smith hoy no equivale, en ningún caso, a leer un texto envejecido. Sino a leer un texto clásico, lleno de interés y relevancia económica. Keynes nos recordó a los economistas en una ocasión que no debemos estudiar Economía buscando en ella un conjunto de recetas o un cuerpo de conclusiones sistematizadas, aplicables por la política, con las que remediar los males que la realidad nos presenta. Porque la Economía es más un método que una doctrina; un instrumento mental, una técnica de pensamiento que ayuda a quien la posee a extraer conclusiones concretas. En esa técnica del pensar, en ese método de razonar,

Adam Smith fue un gran maestro. Un gran maestro que nos legó una herencia inapreciable para enseñarnos a ver dónde residen y cómo se analizan los problemas económicos de una sociedad.

Cuentan que en cierta ocasión Pitt *el Joven*, entonces Primer Ministro de la Corona, celebró una reunión junto con Addington, Wilberforce y Grenville, a la que había sido invitado Adam Smith. Cuando el filósofo moral, ya anciano, entró en la sala, todos se levantaron, y él les dijo: «Caballeros, siéntense ustedes», a lo que Pitt replicó: «No; permaneceremos en pie hasta que usted se haya sentado, porque todos nosotros somos discípulos suyos».

Ser economista hoy equivale—se proclame o se ignore—a ser discípulo de Smith. Al reconocimiento de ese magisterio excepcional que Smith ejerció, ejerce y ejercerá desde las páginas de *La Riqueza de las Naciones* se han dirigido mis palabras, que tratan de celebrar el segundo centenario de su obra. Una celebración obligada en una Academia que, como la nuestra, ostenta la denominación de Ciencias Morales y Políticas, que nunca puede olvidar a quien fue, antes que economista, un gran profesor de Filosofía Moral.